

Presentación

2008, Año Europeo del Diálogo Intercultural, finaliza con la proclamación de Barcelona como sede de la Secretaría de la Unión por el Mediterráneo (UpM). La ciudad, que con su nombre y su impulso simboliza desde 1995 la cooperación euromediterránea, pasa a contar con un organismo internacional que la convierte de facto en capital del Mediterráneo. Es el reconocimiento a una larga historia y a un esfuerzo continuado desde que se iniciara el denominado Proceso de Barcelona en 1995. Su implicación euromediterránea desde entonces es indiscutible. Desde aquí se impulsaron saltos cualitativos cruciales para las relaciones y la cooperación entre europeos y mediterráneos. El impulso de Barcelona y de España fue clave en 1995, volvió a serlo durante la presidencia española de la Unión Europea en 2002 y, de nuevo, en la Cumbre Euromediterránea de Barcelona en 2005. En esta tesitura, confiamos en que, con el apoyo de todos los socios euromediterráneos, en 2010, año en que España ostentará la presidencia de la Unión Europea, superemos el bache actual de la economía y consigamos un diálogo más efectivo enmarcado en el nuevo paradigma multipolar.

Que exista la UpM es positivo, y positiva es también la nueva estructura creada, con cumbres bianuales y una secretaría, pero estamos lejos de resolver de un plumazo todos los temas que la Asociación Euromediterránea tenía planteados. Y ahí es donde Barcelona puede marcar la diferencia. La Secretaría de la UpM tiene, en principio, una misión técnica de preparación, seguimiento e impulso de los proyectos aprobados por las cumbres o las conferencias ministeriales. Ahora bien, con sede en una ciudad y en un país que creen firmemente en el proyecto mediterráneo, con el apoyo de todos sus niveles de gobierno y de una sociedad civil comprometida, esta nueva Unión tendrá un desarrollo más amplio y dinamizará de forma mucho más activa los proyectos de alcance euromediterráneo. Con sede en Barcelona, se reforzarán el diálogo y la cooperación. La implicación e impulso de Barcelona harán realidad el sueño de la UpM, sueño que describe en estas páginas Andreu Bassols mediante un original ejercicio de política-ficción que marca una serie de retos comunes. Estos retos consisten en conseguir la paz, la democratización, la transición social y demográfica, el empleo, el desarrollo sostenible o la seguridad colectiva. Todo ello hace que la profunda implicación de la Comisión Europea y de todos los países miembros en el Proceso de Barcelona no sea simplemente una cuestión de cortesía o de solidaridad con los europeos del sur: la estabilidad y el progreso económico del Mediterráneo interesan a toda la UE tanto como a los europeos ribereños. Esto es todavía más evidente para los aspectos más sensibles de la agenda mediterránea: los flujos migratorios, los problemas del diálogo cultural, el fenómeno del terrorismo... afectan directamente a toda Europa y sus ecos alcanzan el mundo entero.

El Proceso de Barcelona no es el instrumento para conseguir la paz en Oriente Próximo, pero sí puede mejorar, y lo hace, las condiciones de base económicas, sociales, políticas y educativas, que son un requisito para avanzar hacia un futuro entendimiento. El Proceso de Barcelona es, además, y no por casualidad, el único ámbito en el que se encuentran y participan regularmente israelíes y árabes junto con europeos. En ningún otro ámbito, fuera del euromediterráneo, está teniendo lugar esa progresiva confraternización entre organizaciones oficiales o civiles israelíes y del mundo árabe.

Si de verdad quiere poner al Mediterráneo en el centro de sus prioridades, Europa debe ofrecer un avance sustantivo en la profundización del Partenariado. Cuando se afirma que el Proceso de Barcelona ha fracasado por ser demasiado ambicioso, se ignora que justamente se denomina proceso porque se trata de un proyecto de modernización social. Y en todo proceso de modernización social, por desgracia, los efectos no se miden por años, sino por generaciones.

Para la modernización social se requiere un esfuerzo mucho más intenso, profundo y continuado en el tiempo. Para ayudar desde fuera hace falta dinero, pero además se requiere asistencia técnica,

ayuda personalizada sobre el terreno, *people to people*, implicación con los gobiernos y, sobre todo, con la sociedad civil, tal como apunta en su artículo el profesor Bichara Khader. Así, las prioridades de la UpM deben ser, en primer lugar, la gestión de la movilidad humana en el Mediterráneo y, en segundo lugar, la resolución de conflictos a fin de lograr la integración regional, un verdadero espacio euromediterráneo.

En este contexto, los jóvenes, a los que dedicamos el dossier de este número de *Quaderns de la Mediterrània*, juegan un papel fundamental, ya que pueden servir de puente entre las dos orillas del Mediterráneo, con una clara proyección hacia un futuro igualitario, donde las culturas de la región se conozcan y se respeten en un enriquecimiento mutuo. En este sentido, la Unión por el Mediterráneo manifiesta específicamente que la estrategia euromediterránea en relación con la cultura tiene uno de sus ejes principales en el reconocimiento de la importancia del diálogo entre culturas. Y en este marco, los jóvenes, sus sueños, realidades, potencialidades y acciones pueden abrir nuevas vías de resolución y prevención de nuevos conflictos, que son muy difíciles de desarrollar desde otros ámbitos. En la misma línea se sitúa el llamamiento de la Alianza de Civilizaciones a todos los que creen en construir antes que en destruir, los que consideran la diversidad un medio de progreso más que una amenaza y los que creen en la dignidad de la persona y de la condición humana más allá de las diferencias de religión, raza y cultura. La Unión Europea, por su parte, trabaja en el ámbito de la juventud desde su programa Euromed Youth, que, a través de iniciativas y actividades destinadas a los jóvenes, fomenta la movilidad y la ciudadanía activa, la educación y la formación, el entendimiento mutuo entre los jóvenes, así como entre las organizaciones de apoyo a la juventud.

Solo en esta vía de esfuerzo y participación es posible encauzar una nueva creatividad política, que sea capaz de construir más y mejores alianzas, comunidades, estrategias e instrumentos compartidos para así hacer del Mediterráneo un espacio compartido de intercambio, encuentro, progreso y creación.

Senén Florensa

Director general del Instituto Europeo del Mediterráneo

Jóvenes, entre la globalización y las identidades plurales

A pesar de los numerosos coloquios y encuestas sobre jóvenes que se realizan en los países del norte, el sur y el este del Mediterráneo, todavía sigue vigente la frase que a finales de los años setenta enunció el sociólogo Pierre Bourdieu en una entrevista sobre los jóvenes y el primer empleo: «La juventud es sólo una palabra.» Esta frase, convertida años más tarde en un artículo de rigor sociológico, ha hecho correr ríos de tinta y ha provocado enfrentamientos teóricos entre los que intentan establecer una delimitación de la categoría «joven». Aunque existe una corriente naturalista basada en las fases de la vida, la mayoría de los especialistas considera que la juventud es una herramienta estadística que sirve para diferentes fines. Cuando hablamos de jóvenes, nos encontramos ante criterios cuantitativos (frangas de edad) y cualitativos (estado civil), y cada vez son más frecuentes los estudios que explotan ambas categorías. Bourdieu constataba que la existencia de diversos tipos de juventud dificulta la definición de una política pública. Los criterios cualitativos los encontramos desde siempre en el mundo de la antropología, con sus rituales y sus etapas liminares. Etapas que resistieron hasta los años sesenta del siglo pasado y que coexisten en comunidades donde las prácticas rituales marcan las clases de edad y sexo. Los estudios antropológicos revelan cómo la

salida de la juventud y la entrada en la edad adulta son esencialmente sociales. Talcott Parsons definía la *youth culture* o adolescencia como la «cultura de la irresponsabilidad», frente a la de la responsabilidad, propia de los adultos. En este sentido, no se distanciaba demasiado de las definiciones características de las sociedades tradicionales con sus pautas marcadas. Hoy en día, sin embargo, la situación es compleja y las etapas son difíciles de definir, en parte debido a las profundas transformaciones sociales, como son el aumento de la escolarización, la dificultad de encontrar el primer empleo, el retraso en la edad del matrimonio, el cambio de valores y la variedad de estilos de vida que coexisten.

El *Informe sobre la juventud mundial 2007* de Naciones Unidas resume algunas de las principales tendencias globales en torno a los jóvenes del siguiente modo: «La revisión de las experiencias regionales sugiere que los jóvenes de todo el mundo se hallan en mejor posición que las pasadas generaciones de jóvenes para contribuir al desarrollo. Sin embargo, sigue habiendo demasiados que se enfrentan a barreras y restricciones derivadas de sus orígenes o del entorno social en el que viven. Independientemente de su lugar de nacimiento o de su residencia actual, los jóvenes siguen experimentando un conjunto similar de dificultades que afectan a su saludable y oportuna transición a la adultez. Aparte de las cuestiones de salud, educación y empleo, los ámbitos tales como la lucha contra la pobreza y la disponibilidad de oportunidades para el trabajo voluntario y la mejora de las jóvenes y las niñas siguen planteando un desafío.»

¿Qué entendemos por convertirse en adulto? Volviendo a las encuestas: en los países mediterráneos significa conseguir empleo, vivienda y pareja; en Francia, tener una posición social y profesional segura; en Reino Unido, independizarse económicamente; en Dinamarca, «encontrarse» a sí mismo. Un rasgo de la condición adulta o madura es que no se obtiene ni se consigue, sino que es atribuida o recibida. La sociedad contemporánea ensalza la imagen de la juventud, basada en criterios estéticos, al tiempo que precariza la situación de los jóvenes en tanto que individuos. Esta paradoja, ampliamente tratada por Andreu Domingo y Jordi Bayona en el presente número de *Quaderns de la Mediterrània*, es especialmente paradigmática en la cuenca mediterránea, donde la fractura entre las dos orillas resulta relevante para los estudios demográficos y las teorías del choque de civilizaciones. No obstante, el análisis prospectivo de factores como las migraciones o las tasas de fecundidad destaca la disminución del número de jóvenes que experimentará el área mediterránea en las próximas décadas, fenómeno cuyo alcance dependerá en último término del marco político y socioeconómico de cada país.

De los jóvenes puede decirse, en general, que a pesar de las diferencias coyunturales económicas y políticas, son hijos de una misma civilización: la civilización de los medios de comunicación y del consumo. Es evidente que el impacto cultural de la globalización difiere de un país a otro, e incluso en el seno de cada país. Por una parte, la globalización puede verse en las formas híbridas de música, moda y rebeldía contra la «tradicición». Por otra, la globalización económica se refleja en las cifras de jóvenes en paro, o que no han podido utilizar sus títulos de una manera eficaz y se ven marginados al desempeñar profesiones inapropiadas, o que están plenamente ocupados en la obtención de sus necesidades básicas. Actualmente, esta situación aparece por igual en ambas riberas.

Los jóvenes de edades comprendidas entre los 15 y los 24 años constituyen el mayor grupo de edad entre las poblaciones árabes del Mediterráneo, y también el grupo más castigado en cuanto a visibilidad y empleo. Las oportunidades de desarrollo personal de los jóvenes de estos países son muy limitadas, especialmente para las mujeres, debido sobre todo a las carencias sociales en educación y cultura. En el Mediterráneo europeo, los jóvenes entre 16 y 29 años constituyen también el grupo con un índice más alto de desempleo. Las revueltas que tuvieron lugar en Grecia en 2008 tienen mucho que ver con la precariedad en la que se encuentran los jóvenes, incluso aquellos con un empleo. En España nunca había habido tantos titulados universitarios, pero tampoco un índice tan alto de abandono escolar. Para saber cómo piensan los jóvenes españoles y poder establecer una comparación de valores con los jóvenes europeos, Javier Elzo ha realizado en los últimos años varios estudios que permiten analizar estos valores basados en comportamientos, aspiraciones y sentimientos concretos. Estos datos permiten extraer conclusiones significativas acerca de los jóvenes españoles y sus coetáneos europeos como, por ejemplo, su mayor permisividad frente

a comportamientos privados o la decantación general por el localismo frente al universalismo. Prosiguiendo con las encuestas, debemos destacar la llevada a cabo por la revista *Babelmed*, en la que jóvenes periodistas entrevistan a mujeres entre 20 y 30 años, y éstas hablan de sus expectativas en cuanto al amor, la vida en pareja, la sexualidad, la maternidad o el trabajo. Los resultados de esta investigación, realizada en nueve países mediterráneos (Argelia, Egipto, España, Francia, Italia, Líbano, Marruecos, Palestina y Turquía), presentan algunos elementos similares entre regiones en diversos puntos. Aun así, persiste una gran divergencia norte-sur sobre los sujetos considerados tabúes, como la sexualidad. Aunque el trabajo es sinónimo de independencia y las mediterráneas dan mucha importancia a mantener una independencia al menos económica, ésta puede relegarse a un segundo plano después de la maternidad. Siguiendo con la perspectiva de género, si al hablar de jóvenes las nuevas tecnologías son un referente obligado, la economista Cecilia Castaño apunta que el aumento sostenido del número de usuarios de ordenadores y de las conexiones a Internet parece indicar que la primera brecha digital —que se define en función del acceso a la tecnología— puede resolverse en el futuro. No obstante, advierte que la segunda brecha digital, relacionada con las habilidades necesarias para obtener todos los beneficios del acceso (*digital literacy*), afecta más a las mujeres que a los hombres, incluso entre las jóvenes.

En el debate que intentamos impulsar desde este dossier de *Quaderns de la Mediterrània*, dedicado a los jóvenes y el desafío mediterráneo, las voces y los temas son plurales, así como la forma de abordarlos. El especialista en educación Nader Fergany considera que, pese a los notables logros alcanzados en la expansión cuantitativa de la educación en los países árabes durante el siglo XX, el nivel educativo sigue siendo deficiente en el aspecto cualitativo. La razón principal de ello es el analfabetismo, en particular en las mujeres, debido a una educación básica no universal y a la exclusión selectiva de las niñas y los marginados de las ramas más elitistas y los niveles superiores. Fergany considera que la reforma educativa podría contribuir al desarrollo humano tanto a nivel individual como social, y advierte que se requiere gobernabilidad e iniciativa privada para llevar a cabo esta reforma, que constituye una tarea multidimensional e interactiva.

Mientras que las consecuencias negativas de la globalización constituyen un motivo de consternación en la región árabe, las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) representan también, como mecanismo global, una mezcla de reto y oportunidad, tal como apuntan en sus artículos la socióloga Azza Karam y el politólogo Mohammed Ibrahine. Según dichos especialistas, el reto principal es para los gobiernos que afrontan las rápidas transformaciones de las sociedades. El teléfono móvil no es sólo un objeto de comunicación personal; en los países árabes, es también un dispositivo personal multifuncional. Los móviles equipados con nuevas características modernas como acceso a Internet, cámaras y reproductores MP3 se han hecho muy populares, especialmente entre los adolescentes, los cuales han desempeñado un papel muy activo a la hora de adoptar los servicios de comunicación móvil multifuncionales y apropiarse de ellos. Ibrahine se pregunta si esta difusión no estará provocando cambios sociales y políticos relacionados con la comunicación y, para argumentarlo, explica cómo los teléfonos móviles pueden convertirse en una herramienta de movilización social, al igual que ocurre en los países europeos. Según Karam, la masiva afluencia de información a través de los medios de comunicación de masas también representa un desafío para los jóvenes, ya que los deja «atrapados entre dos mundos» (las condiciones reales en las que viven, en algunos casos, están lejos de lo que ven, oyen y llegan a esperar). Estos retos se reflejan en los valores, hábitos y comportamientos de los jóvenes en particular, y también influyen en su producción lingüística, artística e intelectual. Todo ello, a su vez, causa estragos en las instituciones dedicadas a la educación social, de modo que algunos han pasado a percibir la cultura globalizada como una amenaza directa a la identidad de los jóvenes y su sentido de pertenencia. Esta «amenaza» se hace más significativa a medida que disminuyen los niveles educativos y económicos.

A modo de recomendación, Sylvie Floris afirma que la juventud actual, al ser muy plural, presenta unas fracturas que, a fin de evitar conflictos, solamente pueden repararse a través de los vínculos de la interculturalidad, que permiten conocerse mejor. En este sentido, arguye que los gobiernos deben apoyar las redes asociativas, la promoción de la educación y el uso de Internet, principal actividad de ocio que fomenta

aspectos fundamentales de la interculturalidad ya que los jóvenes, al usarla, comparten, intercambian y «actúan conjuntamente». Las voces de los jóvenes comprometidos en el mundo asociativo euromediterráneo son críticos con éste, pero lo consideran muy necesario: así, Xavier Baró formula una conexión entre el asociacionismo y el desarrollo de la ciudadanía desde la perspectiva de las organizaciones y el trabajo juvenil. Aun cuando reconoce que hay importantes diferencias entre las distintas realidades del área euromediterránea, resalta algunos elementos comunes que se aprecian en el desarrollo de estrategias de cooperación entre las entidades de jóvenes. Esta cooperación incluye elementos de encuentro, intercambio y formación entre líderes juveniles y educadores de estas organizaciones, así como la promoción de redes que puedan crear consejos de juventud libres y democráticos. Filippo Fabbrica manifiesta que muchos jóvenes artistas mediterráneos están llevando a cabo actualmente proyectos artísticos con fines sociales, demostrando así que las necesidades creativas pueden asumir de manera eficaz responsabilidades sociales, especialmente en las áreas más desfavorecidas y con los grupos más vulnerables. Mouhammadi Benbouzid, por su parte, considera que los diferentes programas de colaboración entre la Unión Europea y los países del sur del Mediterráneo siempre han otorgado una prioridad absoluta a la educación y la integración de los jóvenes en la vida social y económica de la región. Así, desde la constitución del Foro Mediterráneo de la Juventud en 1998, se han venido realizando una serie de progresos bastante importantes que han permitido que los jóvenes de ambas orillas tengan la posibilidad de desarrollar sus expectativas y mejorar sus posibilidades de acción social. No obstante, es preciso ir más allá. Para una mejor transparencia y una mejor escucha, es sumamente necesario construir una política de diálogo con los países socios del Partenariado Euromediterráneo y con la sociedad civil, pero contando también con las organizaciones de jóvenes en la elaboración de los programas y los planes nacionales de cara a su puesta en marcha en el marco de la Política Europea de Vecindad y de la colaboración euromediterránea. Para propiciar este diálogo, el IEMed y la Fundación Anna Lindh organizaron en 2008 el primer concurso internacional de cuentos y relatos «Un mar de palabras», cuyos ganadores publicamos en este número.

Para finalizar, completamos esta edición de *Quaderns de la Mediterrània* con varios artículos que nos introducen en los desafíos que acompañarán la existencia de la Unión por el Mediterráneo, así como dos entrevistas que señalan la necesaria vinculación con el Mediterráneo de los países nórdicos y, concretamente, de la presidencia europea de Suecia durante el segundo semestre de 2009. Asimismo, cabe destacar los testimonios y reflexiones de dos reconocidos escritores, el palestino Mourid Barghouti y el israelí de origen sefardí Abraham B. Yehoshúa. Memorias, desencuentros, pero siempre con el objetivo de hallar nuevas estrategias compartidas.

Maria-Àngels Roque

Directora de *Quaderns de la Mediterrània*